

CARRASCO, Eduardo (2006): *En el cielo sólo las estrellas. Conversaciones con Roberto Torretti*. Santiago: Universidad Diego Portales.

Ediciones Universidad Diego Portales en colaboración con Roberto Torretti, viene publicando y reeditando trabajos, selecciones de trabajos y la presente biografía conversada, del más importante filósofo de la ciencia latinoamericano, el propio Roberto Torretti. En 2005 publicó una tercera edición más que pulcramente revisada de una de las obras más reveladoras, en demasiados sentidos, de este autor: su “Manuel Kant” (Torretti, R. (2005), *Manuel Kant*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales), en tres tomos de fácil manipulación que cómodamente se guardan en una casi caja y que constituye, en tanto trabajo editorial, una obra de arte. En 2006, la misma Universidad publica otra obra de arte que a simple vista parece un libro, que es un libro pero extremadamente singular.. Es el que en breve comentaremos. Dentro de muy poco saldrán a la luz algunos de sus “Estudios filosóficos, 1957-1987”, publicados por esa editorial. Sin embargo, esta empresa carece de una buena política de distribución de libros, asunto muy pero muy conocido y sufrido en Latinoamérica, y es de nuestro agrado reseñar esta obra no sólo por su contenido sino para fomentar emprendimientos como los que Ediciones Universidad Diego Portales está realizando.

En el cielo sólo las estrellas, no es una entrevista publicada: tiene 503 páginas. No es una biografía intelectual al uso: muchos aspectos de la vida pública y del mundo que ha vivido Torretti se entrecruzan permanentemente con su historia intelectual. Tampoco es una biografía *tout court*: con una minuciosidad digna de mejor causa Torretti no admite la posibilidad, excepto mediante el camino inseguro de la imaginación y la interpretación del lector, de ingresar en su vida emocional. La pulsión que, en cambio, está siempre a la vista es la epistemofílica, su gigantesco deseo y placer por el conocimiento, en sus múltiples y abigarradas formas: las ciencias, las artes, las literaturas, las poesías, las políticas, los individuos humanos, sus axiologías y unos grandes etcéteras. “En el cielo sólo las estrellas” no cabe en ninguna categoría taxonómica clásica del campo de la edición. En consecuencia, estamos ante una novedad artefactual radical.

Muchas de las ideas filosóficas de Torretti pueden ser estudiadas aquí en su magnitud *corporal*, es decir, son ideas que están vueltas cuerpo (*embodied*) en nuestro autor y esto infunde una riqueza especial que acompaña el valor de sus textos profesionales tanto para aquellos que los conocemos como para los que aún no.

La presente reseña no contará sino oblicuamente cuál es el contenido del presente libro, sólo pretende incitar la curiosidad del futuro lector. Porque lo importante y esclarecedor de *En el cielo sólo las estrellas* es la evolución del pensamiento de Torretti que Carrasco logra poner en evidencia: a la edad de 14 años (ya era un filósofo) Torretti parte de una visión fundacionista del mundo (la propuesta del cristianismo), para llegar a un contingentismo irreducible e irrevocablemente ateo; le hubiera gustado ser, entre otras cosas, el Arzobispo ateo de Santiago. No hay CIENCIA, ni HISTORIA, ni MUNDO, ni nada que pueda ser presentado correctamente con mayúsculas y en singular. Hay individuos que trabajan con materias primas de todo tipo en aras de producir “necesidades lógico-históricas” concretas que se entretajan en múltiples caminos y formatos. De su gran revisión acerca del determinismo, la causalidad y demás fundamentalismos, sólo se queda con uno: el del lenguaje (y afirmamos uno porque desconocemos sus emociones; tal vez el amor constituiría otra excepción). No podemos pensar sin él, no podemos conocer a los autores sin conocer sus propias lenguas, no podemos comunicarnos, ni intercambiar ideas sin el lenguaje. Torretti no defiende que todo sea lenguaje, su contingentismo convencido no se lo permite, pero se acerca mucho a esta idea propia de la época filosófica que ha vivido y de los autores que más —declara— han influido sobre él: Kant, Heidegger y Wittgenstein. Sostiene que el lenguaje no ha nacido en paralelo al universo, ni con el universo, pero que le anda pegando en el palo. Este viaje antifundacionista que ha constituido su apuesta filo-

sófica central, lo ha convertido en un filósofo caleidoscópico: “Pienso, como Caeiro, que la naturaleza misma no es un todo, y que nuestras vidas lo son sólo en cuanto accidentalmente la muerte las completa; pero mientras no se extinguen son, aún las mejores, un estallido intermitente y pasajero de fragmentos luminosos, como los fuegos artificiales” (pp. 223-224).

Sostiene por ejemplo, en la página 283, que es “un filósofo idealista” para luego agregar en la página 286 que la física se distingue de la matemática entre otras cosas porque la física estudia asuntos que “ofrecen resistencia”. Que de joven fue socialista “pero por racionalidad” (pág. 139) para luego, muy luego, decir que siempre fue un “burgués liberal demócrata” (pág. 410). “A mí todo lo que sea contrario al materialismo —agrega— me parece digno de subrayarse” (pág. 394) ¿Incluso las resistencias que se le oponen a los físicos? Torretti, en este libro disfruta jugando con todos sus futuros lectores: “¡ya lo verán, no podrán clasificarme!!”, parece decirnos. Y este juego luce consistente con el producto que logran, en realidad, los dos autores.

La apuesta filosófica de Torretti es tan seductora como difícil, ¿o no es más cómodo instalarse en una tradición filosófica y ser aplaudido por sus acólitos y denostado por sus contrarios? ¿Cuántos *no* tercermundistas podrían darse ese lujo? Torretti nos enseña lo bonito que puede ser no cargar en nuestras huestes con tradiciones largamente arraigadas en nuestros países de origen: se sabe, los latinoamericanos no las poseemos y ésa, curiosamente, podría ser nuestra ventaja relativa, nos sugiere el entrevistado, en vez de nuestra desgracia.

El libro nos muestra cuán culto es nuestro emblemático filósofo latinoamericano de la ciencia (asunto para nada típico en dicha tradición); cuán profundamente conoce alguna de las “colonias de corales” que describen el crecimiento de las ciencias, por qué Vermeer le atrae, a veces, más que Rembrandt, y cuándo la grandilocuencia de Beethoven lo irrita; por qué no logra olvidar algunos versos de Eliot o de León Felipe, y cuán admirables le parecen los pensamientos dichos por su bisnieta, Dominga. También atestigua la relación que tiene con su querida mujer, Carla Cordua, a pesar de que se considere un hombre “muy duro de corazón” (pág. 427).

En el cielo sólo las estrellas no es una anecdotario cronológico de una vida rica y afortunada. Es una obra de propedéutica filosófica y responde *claramente* a la complicada cuestión siguiente ¿cómo se *hace uno* filósofo?

En el cielo sólo las estrellas relata, con explicaciones muy didácticas, por ejemplo, la relación entre matemática y física, o sobre la teoría de conjuntos, o sobre cómo puede cambiarse la educación matemática —que conlleva tantos fracasos—, haciendo uso de la teoría de categorías. Cuenta sobre la relatividad del espacio en Newton. Sin embargo, la utilidad de este libro no es ésa. Todo profesor de filosofía debería, más bien, tenerlo en su mesita de luz: acompaña, tranquiliza y estimula, eleva las miras.

El entrevistador, Eduardo Carrasco, construye una entrevista inspirada, pero no refleja la fuerza, que sin duda tiene, como miembro del entrañable y vigoroso grupo Quilapayún. Aunque a veces logra irritar a Torretti, el respeto pudo más.

Lucía Lewowicz
Departamento de Historia y Filosofía de la Ciencia
Universidad de la República
Montevideo, Uruguay
luleges@adinet.com.uy